

9.

EL ASESINATO

— DEL —

P. CRUSATS

DISCURSO NEGROLÓGICO PRONUNCIADO EL
2 DE FEBRERO EN LA SELVA

POR

D. ANTOLÍN LÓPEZ PELÁEZ

Arzobispo de Tarragona



TARRAGONA
IMPRESA DE JOSÉ PIJOÁN
MÉNDEZ NÚÑEZ, 5
1918

EL ASESINATO

— DEL —

P. CRUSATS

DISCURSO NEGROLÓGICO PRONUNCIADO EL
2 DE FEBRERO EN LA SELVA

POR

D. ANTOLÍN LÓPEZ PELÁEZ

Arzobispo de Tarragona



TARRAGONA
IMPRESA DE JOSÉ PIJOÁN
MÉNDEZ NÚÑEZ, 5
1918

A la Venerable Congregación de Misioneros del Inmaculado Corazón de María, que de su comunidad de Tarragona da sapientísimos profesores a la Universidad Pontificia, y de la de Selva del Campo, en cuyo convento fué martirizado el P. Crusats, envía muy celosos predicadores por toda la Archidiócesis, ofrece con el mayor afecto las siguientes palabras

† *El Arzobispo de Tarragona*



EL ASESINATO DEL P. CRUSATS

Venerables religiosos; fieles muy amados en N. S. Jesucristo.

Tristísimos parecen los actuales momentos y la causa de nuestra presencia aquí.

Volvemos del campo santo, del campo de la soledad y del silencio; trajimos de allá un cadáver, menos todavía, lo que queda de un cadáver después de enterrado medio siglo, atravesando en procesión silenciosa y lúgubre un suelo encharcado lleno de barro y de lodo, a la escasa luz que al sol dejaban plomizas espesas nubes de donde a manera de lágrimas caían pausadamente las gotas de la lluvia; y sobre este pavimento, sepultura de los agustinos, de los antiguos moradores de la casa religiosa que hoy para bien de la archidiócesis ocupan los Misioneros del Cora-

zón de María, se han entonado cánticos fúnebres que formados parecen con ayes, con lamentos y con suspiros.

No se puede sin honda pena ante los despojos del sepulcro pensar en lo fugaz y efímero de la vida. Por muchos años que ésta dure, si se los compara con los que la precedieron y la habrán de seguir, con la eternidad anterior y posterior, son menos que el botón de la rosa en un mismo día abierto y marchito, o la onda que para desvanecerse al instante se forma sobre la corriente de las aguas, o el relámpago que súbito rasga la oscuridad en una noche de tormenta.

Impresiona menos la muerte cuando recibe los golpes de su guadaña un cadáver ambulante, un anciano que cargado con el peso abrumador de la edad se inclina hacia el suelo como en busca de reposo: fruto maduro y ya casi podrido que al menor soplo de aire se desprende de los brazos que lo sostuvieron, de las ramas de donde colgaba; edificio ruinoso que, con la nieve de multiplicados inviernos agrietado, se resquebraja, se cuarteja y sin ajeno empuje se desploma. Pero ¡morir, como el P. Crusats, en la primavera de la vida, cuando apenas se ha pasado de su rosada aurora y todo en ella sonríe; cuando se poseen energías que parece no disminuirán nunca y los entusiasmos pro-

pios de quien en la dorada copa de la existencia no llegó a las heces de los desengaños y de las ingraticudes; cuando la luz del entendimiento brillando más esplendorosa y la llama del amor ardiendo más viva, se antoja el mundo pequeño para esparcir por él la semilla de la verdad, y los hombres pocos para caldear sus corazones en encendido afecto a su Redentor!

Al ponernos en el mundo se nos lee la sentencia de abandonarlo un día. Cada paso que damos, se nos acorta el viaje por la tierra. Como las aguas del río corren a sepultarse en el océano, nosotros nos deslizamos sobre el polvo arrastrados por una corriente misteriosa hacia los abismos de la sepultura. Y no sabemos para cuánto tiempo se dió cuerda al reloj de nuestro vivir; si la antorcha de nuestra existencia, que a proporción que arde se consume, estará encendida muchas o pocas noches. La furia del huracán lo mismo troncha y abate las añosas hayas y seculares encinas que los tiernos arbustos y los floridos renuevos. Conociéndose lo frágil de nuestro organismo y la facilidad con que se descompone por no haber más complicada maquinaria, donde el menor entorpecerse de las ruedas y el entrecruzarse de los engranajes, cualquier leve complicación, puede parar el movimiento, no nos sorprenden de-

masiado las muertes repentinas. Lo que llena de profundo pesar y de intensa amargura el ánimo es el que las produzcan no ya enfermedades comunes, ni tampoco accidentes desgraciados, acontecimientos fortuitos e inevitables, sino, como la del P. Crusats, manos violentas movidas por odios injustos, por aversiones sin atenuación ni disculpa ni siquiera pretexto.

Esos huesos descarnados, sucios, carcomidos, sin ligamentos que los junten y los traben, encerrados en la pequeña caja que atrae nuestra vista, son el armazón de un cuerpo que cayó en la hoya bajo el empuje brutal de los asesinos; qué muchos años hubiera podido vivir aún en toda la plenitud de sus energías y de sus facultades si un puñal no se le hubiese clavado en la garganta.

Sí, el desaparecer de la tierra un hombre en tales circunstancias, el asesinato de un joven y buenísimo prójimo, viste de luto el alma, que se siente oprimida de angustia. Cuando, no obstante, se piensa, humanamente discuriendo y sin querer prevenir los inapelables juicios de la Sede Apostólica, que se trata de la muerte de un santo, de un verdadero martirio, sobre la pena por haber perdido la humanidad uno de los miembros que la honraban predomina el gozo porque recibe ya el merecido galardón en el cielo; y por mucho que ho-

rorrice el delito de los homicidas se considera también la gloria que al mártir proporcionaron. Sean nuestras lágrimas para el crimen bochornoso de los sicarios, y nuestras oraciones para que Dios, si en el lugar de la expiación estuvieren, se apiade de sus almas; y los cánticos funerales conviértanse en himnos de triunfo, porque el objeto de sus impíos odios recibió la corona de los triunfadores que ostentará durante vida sempiterna.

El fundador de los Misioneros que llevan el nombre y promueven con especialidad el culto del Inmaculado Corazón de María, prediciendo varias veces la proximidad de la revolución, agregaba que sus religiosos tendrían en ella un mártir y que desde entonces sería grande el progreso, principiaría una era de ventura para la Congregación hasta aquel punto con escaso desarrollo; y aun se añade que de diversas maneras aludió y señaló al P. Crusats como la víctima de las iras revolucionarias. Sea lo que fuere respecto al anuncio de quién habría de ser el martirizado, éste fué, sin duda ninguna, el individuo de la Comunidad de La Selva pues a ningún otro corazonista mataron los secuaces de la revolución.

La profecía del P. Claret quedó cumplida, está cumpliéndose, en cuanto al prodigioso crecimiento de su

institución. Pequeña, desmedrada, apenas nacida, con dificultades invencibles que salían al paso ante todos sus intentos, juzgaríase que los huracanes de la revolución la habrían de destruir en absoluto, al trastornar sus casas y dispersar sus moradores despojándolos de todo medio de vivir, de la libertad para ejercer el sagrado ministerio y hasta de las propias vestiduras regulares. Pero la Historia nos dice y los ojos nos muestran cómo sucedió todo lo contrario. La sangre de los mártires fué siempre, señores, semilla de cristianos, y de religiosos lo es siendo sangre de religiosos. La del P. Crusats, arrancada por los aceros revolucionarios, fué para la Orden a modo de rocío del cielo que cayendo abundante sobre una tierra agostada la fecundiza haciéndola cubrirse de flores y de frutos: diríase que al salir de su cuerpo había entrado en el cuerpo de su Religión dando al corazón más bríos, a los miembros más elasticidad, a las mejillas más colores, al cerebro más luminosas ideas y al organismo todo nueva juventud y robustez indefectible.

Al oír el P. Claret los sucesos de La Selva dijo que el P. Crusats era un mártir y había sido siempre un santo. Así le llamaban cuantos le conocían; y fué su santidad la que le ennobleció con el martirio. La cuchilla

de los secuaces de la impiedad no se cebó en un literato eximio, ni en un predicador elocuente ni siquiera en un superior con grandes dotes de gobierno; eligió Dios para rendir homenaje a la verdad de la religión cristiana un joven individuo de pequeña comunidad en un oscuro pueblo, de alma tan inocente que conservaba todavía la gracia bautismal, de alma tan candorosa que no creía posible pecase un sacerdote, de alma tan varonil que sobreponiéndose a las dolencias y achaques del cuerpo le forzó al cumplimiento estricto de las reglas y constituciones y piadosas costumbres de su Instituto. Donde quiera que misionó, y misionó en muchos sitios y en muy apartadas regiones, consérvase la fama de sus heroicas virtudes. Su comer no era sino lo preciso para no morir, su cama fué siempre el duro suelo, los ojos no levantaba de la tierra, con cilicios ásperos y sangrientas disciplinas sujetaba al espíritu la carne, entre dolores horribles no se le escuchó jamás un suspiro, cuando, las manos en el rosario y las miradas en el crucifijo, con frases de sencillez encantadora explicaba la doctrina cristiana a las muchedumbres que se estrujaban por acercarse a oírle, eran tales su afeabilidad, su dulzura, su modestia, su unción, que un ángel parecía bajado de la gloria. ¡Oh! La sangre que

clamaría, no venganza, como la de Abel, sino misericordia, al modo de la del Divino Maestro; la que subiría, cual si se vertiese sobre las llamas en el altar de los holocaustos, hasta las celestiales alturas en olor a Dios gratisimo para desarmar su cólera justamente irritada por las abominaciones sin número de una revolución sacrílega, era propio que fuese la más pura, no contaminada por las suciedades hediondas del pecado, hirviente en celo por la gloria divina y por la salvación de las almas, enrojecida al fuego de una devoción fervorosa y constante.

Aunque la santidad es lo que provoca mayor envidia desatando ferozmente los odios, no a esta causa ha de atribuirse el homicidio que se cometió en la persona del P. Crusats; ni su origen se encuentra en la predicación contra los vicios ni en haber censurado algún particular desorden: los que le mataron no le conocían. Tampoco pagó él culpas que a su Comunidad se atribuyeran. Recientemente allí establecida ni tiempo le había restado para hacer cosa que diera ocasión de disgusto con nadie; pues todo lo necesitaba para arreglar el edificio dando jornales al vecindario y repartiendo por compra de material sumas cuantiosas, sin meterse en política para nada.

Se le mató como se dejó medio

muerto al Superior P. Reixach y se hubiera matado, de descubrirlos, a todos sus compañeros: por el hábito clerical que vestía, por los votos religiosos que había hecho, sencillamente por ser discípulo de Jesús. El infierno que al Redentor quitó del mundo, querría que todos sus seguidores tuvieran una sola cabeza para segarla de un solo golpe. Aborrece entre ellos más a los que más en su vida copian la del divino modelo; y los persigue por la imagen, por la figura, por la representación que de El tienen y sin cobardía manifiestan.

Quien abraza, teniéndola por segura, la doctrina del Salvador y a ella acomoda las costumbres, es un *testigo*, da testimonio de su verdad, pues si no presenció los hechos que la abonan, oyólos, a parte de otras pruebas para convencerse, a los que son extremos de una cadena cuyos primeros eslabones alcanzan a los tiempos apostólicos; y cuando, en demostración de ello, en fianza de certidumbre, entrega la vida, cuando rubrica sus dichos con su sangre, cuando prefiere perderlo todo antes que ceder en un ápice de sus declaraciones, es propiamente un *mártir*. En odio a la fe, no por motivo personal ninguno, se hizo morir, sin que opusiese la menor resistencia, al P. Crusats.

Portáronse bien sus hermanos en huir u ocultarse para conservar la

existencia y poder seguir honrando a Dios y sirviendo al prójimo; y bien se portó el P. Crusats no escapando de sus verdugos y prefiriendo entre sus manos la muerte a la apostasía. Una sola palabra contra la religión católica habría desarmado a los crueles sayones trocando en amistad su furia; pero con esa palabra ofendería a Dios, a quien amaba sobre todas las cosas y por cuya honra daría mil vidas que tuviese.

No diré yo que por inspiración divina previera y se presentara al martirio; pero, sí, que algunos barruntos parece haber mostrado acerca de la suerte que le aguardaba. Prescindiendo de otras noticias que ignoro hasta qué punto serán seguras, inmediatamente de desencadenada la revolución setembrina preguntó en la Conferencia Moral si allí que fuese víctima de ella podría considerarse mártir; el día mismo del asesinato, aun después que el cura de La Selva, quien había buscado a la Comunidad refugio, aseguraba no haber ya temor de que viniesen los revolucionarios, el P. Crusats, que muy recientemente se confesara, volvió a hacerlo como si viendo próximo su fin no se cansase de preparar el alma y purificar la conciencia.

Su muerte no fué un suicidio, obra de la desesperación, del fanatismo, o del orgullo. No huyó de ella, no la

temió, pero no la buscó tampoco; lo cual hubiese hecho, sin miedo ni jactancia, si el autor supremo de la vida así lo desease. Convenía a los designios soberanos de la Providencia que los religiosos españoles tuviesen un mártir en la revolución del 68, como los tuvieron en las otras revoluciones. El designado fué el P. Crusats quien, sabiendo que la obediencia es el mejor sacrificio, rindió por tan honorífica y provechosa distinción gracias al que le había dado la vida y disponía ahora que se la quitaran, y, a manera de manso corderillo que sin quejarse se deja llevar al matadero, alargó el cuello a la cuchilla de los verdugos.

Jesucristo que, cuando lo aconsejaba la gloria del Padre, huía o supo esconderse de sus enemigos, no lo hizo así llegada su última hora; el P. Crusats, pudiendo con sus hermanos evadirse de la furia de los perseguidores, avanzó tranquilamente a su encuentro. El Salvador dijo al traidor Judas: «Amigo ¿a qué viniste?»; el P. Francisco Crusats dijo a los criminales: «Hermanos ¿qué se os ofrece?» La contestación fué, como la de las turbas en el huerto de Getsemaní, blasfemar horriblemente de todo lo más santo; el religioso salió por la honra del Padre que está en los cielos, bendiciendo al que se maldecía y era de modo tan soez escarnecido;

y a sus alabanzas a 'Dios, a sus oraciones y jaculatorias, se respondía con insultos y con puntapiés y puñetazos. Aquellos tigres, y calificándolos de esta suerte a los tigres injurio, aquellos demonios en forma humana, sedientos de sangre de religiosos, no habiendo podido coger más que uno, descargaron sobre él su rabia toda entreteniéndose en hacerle sufrir los más variados tormentos: infinidad de golpes recibió en su delicado cuerpo y hasta veinte heridas de bayoneta en él se contaron. Cuando uno de aquellos bandoleros, o más compasivo, para que dejase de padecer, o más anticatólico, para que dejase de orar, le segó la garganta, apenas le quedaba un soplo de vida. Como el Divino Maestro en los suplicios de la cruz, murió pidiendo perdón para sus matadores.

Era una noche oscurísima. Las estrellas habíanse retirado ó entre nubes tenían la faz oculta, como si no quisieran alumbrar crimen tan horrendo. La antorcha a cuya luz se martirizaba al P. Rector se apagó de súbito permitiéndole soltarse de entre las manos de los foragidos. Entre las tinieblas que envolvían el claustro, el instinto del odio, la sed rabiosa de matanza, les descubrió el P. Crusats, que nada hacía por defenderse. ¡Oh! Si le hubiesen visto bien, si con él hubieran conversado, no los creo

tan sin entrañas que se atrevieran a arrancarle la vida. ¡Era tan humilde, tan atractivo, tan simpático, tan cariñoso, tan dulce....! Con alma de niño en cuerpo adulto se hacía querer como los niños. A poco que se le tratara, sentíanse todos movidos por la veneración y el amor que inspiran los santos. Se parecía de tal manera al más agradable y efusivo y atrayente de los bienaventurados, a su homónimo de Asís, que de éste es el retrato, pintado por el Greco, que suele como de él reproducirse.

La justicia divina se mostró inexorable con los bárbaros autores del sacrilegio: a unos tras otros se los quitó del mundo que deshonraron, con muerte prematura y desastrada, siendo probablemente quien clavó el puñal en la garganta del mártir el mismo al que en una riña se le cortó a cercén el pescuezo separándosele la cabeza del tronco con un solo golpe. Pero la justicia humana no hizo requisitoria ninguna contra ellos, conocidos de todos; y los dejó allardear de su crimen saboreando como hienas el feroz placer del recuerdo de la sangre vertida. El acto presente es también una protesta contra los tribunales que si no suscribieron como Pilatos sentencia capital contra un inocente dejaron indefensa su vida e impunes a los que sin pretexto ninguno se la quitaron.

Para su intento no existía en la tierra castigo suficiente. El resultado de su satánica obra no correspondió a sus intenciones: proponíanse causar al aborrecido religioso el peor de los males, y le proporcionaron el mejor bien posible. Le quitaron algún tiempo de vida, dándole la vida eterna; las heridas, puertas fueron por donde salió el alma a recibir el galardón esperado; con los golpes del acero traidor labróse la corona de su inmortalidad. Le anticiparon la muerte ¿y qué? ¡Si la muerte para el buen cristiano es una amiga fiel cuya visita, si no se procura y se llama, se espera a toda hora y se recibe siempre con gusto! ¡Si es ella quien rompe las ligaduras de carne que nos sujetan al polvo, quien quebranta los muros de barro de nuestra prisión en este valle de lágrimas, quien nos franquea el camino por donde se sale del destierro y nos abre las fronteras de la verdadera patria!

Para el mundano será doloroso dejar el mundo. ¿Cómo ha de serlo, amadísimos religiosos, para los que ya lo dejasteis en vida, para los que vivís lejos de él, muertos y crucificados para él, formando parte de una asociación de fines ultraterrenos? Con la vida no os quitan nada, ni los bienes de fortuna—los renunciásteis por el voto de pobreza—ni los placeres de los sentidos—los renunciásteis

por el voto de castidad—ni las dignidades ni los honores—los renunciasteis por el voto de obediencia—. No teneis aquí nada, pues nada de lo poquísimos que usais es vuestro, y hasta careceis de voluntad propia; y todo lo esperais, os espera todo, al otro lado del sepulcro. Los que, para haceros daño, os priven de la existencia, verán, al encontrarse con vosotros el día del Juicio Supremo, que no hay daño positivo fuera de la culpa, de cuyas acometidas peligrosas os libraron para siempre, al romperos las cadenas que os amarraban al mundo, al lugar de las luchas, tentaciones y pruebas. No lloréis, no, el fallecimiento del P. Crusats, ocurrido hace media centuria. Celebrad el jubileo de su entrada en el templo de la gloria; celebrad sus bodas de oro con el Amado de su alma sin temor a perderle ya nunca.

Sufrió mucho, es verdad, en la muerte; pero fué ésta el remate de muchos sufrimientos en la vida. ¿Para un religioso, qué es el existir sino un martirio prolongado y constante? Lejos de su Amor, que está al otro lado de la tumba; en riesgo continuo de no llegar a poseerle a causa de tantas seducciones perversas y atractivos falaces; viajando por un desierto oscuro donde le acechan enemigos terribles, la cruz sobre los hombros, crucificado con Cristo, en pugna con

gojosa entre el hombre inferior y el superior, entre la bestia y el ángel que en sí lleva, mortifica la carne, refrena sus inclinaciones, desoye la voz de sus gustos, la humilla a la contraria ley del espíritu, y, despreciando sus ayes doloridos y sus protestas airadas y sus rebeliones violentísimas, no se permite más disfrutes ni más goces que los necesarios para conservación de la salud espiritual y corporal, que emplea no en servicio suyo, sino en servir a Dios y al prójimo, sin ahorrar en esta perpetua servidumbre trabajos, molestias, incomodidades, fatigas, dolores. No pensemos, por no amargar la alegría de la fiesta, en lo cruento de las últimas horas del P. Crusats, sino en el gozo indecible y perdurable, que, si piadosamente se juzga, les siguió.

Recuerdo de júbilo, sí, es éste para mi amadísima archidiócesis. Dentro de sus límites está la piedra, verdadero altar, donde fué degollado, donde se inmoló la sagrada víctima; su cielo se abrió para dejarle paso al alma; su suelo es santo, porque recogió, empapándose con ella, y bebió sangre que estuvo siempre limpia después de purificada en las fuentes del bautismo; es un relicario que guarda los restos de un cuerpo en cuyo espíritu moraba el espíritu de Dios. Los despojos mortales de los santos son prenda de su protección, signo de

defensa y custodia. El P. Francisco no olvida que en este arzobispado, ganó la corona del martirio, y en favor de él aprovecha su amistad y valimiento con el Omnipotente. Y quién sabe si en retorno de sus beneficios, pues ya se cuentan gracias extraordinarias por su intercesión obtenidas, la Sede Apostólica infalible nos permitirá poner su imagen sobre los altares, rendirle públicamente culto.

Fiesta es hoy para este pueblo. En otro vió la primera luz, en la Seva, de la diócesis de Vich, a cuyos representantes, que de tan artística lápida son portadores, envió ahora cordial saludo. Pero la Iglesia tiene por día de natalicio para honrar a los santos el día de la muerte. Aquí nació a la vida que es verdadera, la que nunca concluye. Aquí reposan sus preciosísimos restos, testimonios de su triunfo, en espera de la llamada, a una resurrección gloriosa. Vecino vuestro a lo último de su existir, lo que de él queda en el mundo es herencia vuestra, permanecerá para siempre entre vosotros. Mejor que Pilatos podría decirse por vuestros padres: Limpias se ven nuestras manos de la sangre de este justo. No fueron ellos, no, causantes ni cómplices del delito. Muy de otra suerte, al tener noticia de la llegada de los revolucionarios, corrieron, presa de la mayor ansiedad, al convento querido, llegando oportuna-

mente para salvarle del saqueo y de las llamas y para salvar de una hecatombe segura a los demás religiosos. Vuestra presencia hoy, con las dignísimas autoridades, en este templo, en el camposanto y en las calles colgadas de luto, es renovación del pesar que sintió la villa al verse teatro de drama tan horrible. Execradle, compadeded a sus autores, extraviados por las ideas revolucionarias, admirad la entereza y la resignación de su víctima. Pero estaba por decir que os felicitéis de que en tan pacífico y honrado término se cometiera el espantable crimen. Al mirar como este pueblo se distingue de los comarcanos por la frecuencia en recibir los sacramentos, por el descanso y santificación de los días festivos, por no caer en el vicio asqueroso de la blasfemia, por manifestar públicamente sin cobardía el espíritu religioso, siendo en la piedad la flor del campo de Tarragona, me preguntaba muchas veces: ¿No influirá en ello la sangre generosa del P. Crusats allí vertida, su patrocinio a un vecindario que acudió a socorrerle y hubiera dado la de todos por llegar a tiempo de defender la suya?

Día de fiesta también para la Comunidad que santifica este edificio siguiendo las tradiciones, de piedad y celo, de agustinos y jesuítas, que antes le ocuparon. Florecen entre vos-

otros por modo lozano y espléndido; las virtudes, porque el místico jardín que vuestra devoción y caridad cultivan fué regado con la sangre fecunda de un mártir. El que tanto en vida amó a este oasis venturoso, a este retiro de paz y de calma donde abrillantaba y pulía y limpió de imperfecciones el espíritu para que pudiera ser engastado como una joya en la divina diadema ¿creerá nadie que dejó de amarlo allí donde el amor es más perfecto, más generoso y de mayor eficacia? Los ejemplos de su santidad, aquí siempre recordados, son predicadores constantes elocuentísimos que os animan a imitarle. Vuestro claustro es el ara ensangrentada de un sacrificio; vuestro convento cobijó gozoso al que tiene ya, como premio de cumplir con exactitud la regla, por mansión la celeste gloria; vuestra iglesia principia a ser un sagrario donde se custodien reliquias que valen más que todos los tesoros del mundo. Al que disteis albergue en vida, dareis guardia de honor desde ahora. Ya que no podeis gozar de su presencia, gozareis la posesión de lo que la muerte en él ha respetado. Si nuevos revolucionarios violentan la entrada de este edificio erigido por la religión para la práctica de la virtud, podeis no defender vuestros cuerpos, podeis entregar vuestras vidas, porque vuestras son; pero no debeis

entregar los restos del P. Crusats; habreis de defenderlos aun a costa de la existencia, porque no os pertenecen, son de la Iglesia y de la patria, y los necesita esta diócesis para su edificación y amparo.

Cuando los esféngos seculares veníamos acá a practicar el espiritual retiro, al poner los ojos en la columna donde está grabado que a su pie dió la sangre por amor a Cristo un individuo de esta Comunidad, sentíamos hervir a borbotones la nuestra y encenderse en abrasador deseo de que hasta la última gota se derramase si había de servir para gloria de nuestra religión amada. De hoy más, entrando en esta iglesia, a la vista del nicho funerario, riquísimo estuche que contiene la joya inapreciable de sus huesos, áridos ahora pero destinados en la primavera de la resurrección a reverdecer y echar brotes lozanos de vida sin fin, comprenderemos mejor que nuestra existencia sólo vale algo cuando se la pone en las manos divinas sin tenerle el menor apego y renunciando a disfrutarla sino por el tiempo y en la forma que el dador supremo de ella dispusiere.

Ser, por fin, día de fiesta hoy para la Congregación toda de los Misioneros del Corazón Inmaculado de María pruébalo la venida del Rmo. Padre General con el Provincial de Cataluña y altas autoridades de esta

benemérita religión. ¡Cuántas envidiarán vuestra suerte! Todas querrían el honor de tener mártires o de aumentar su número. De vosotros no podrá decirse como de los hebreos San Pablo en la carta que les dirigió: *Nondum usque ad sanguinem restitistis*. Vosotros sois de los testigos que la Verdad pide, de los que se dejan degollar antes que desmentirla. Vuestra predicación, a toda hora la confirmáis con el ejemplo y la habeis sellado ya con la sangre. El P. Crusats es la primicia sagrada que ofrecisteis sobre los altares, el primero, a no dudarlo, en una serie de cruentos sacrificios.

Muy parecidos a los suyos son los tiempos que nos tocaron en suerte. Circunstancias idénticas, motivos iguales, maravilloso será que no nos traigan el mismo terrible resultado. ¿Veis? Esos relámpagos que dejan mejor percibir la negrura de las apiñadas nubes, son las chispas de la espantosa hoguera que va a extenderse y correr como por seco cañaveral. ¿Oís? Ruido de truenos no lejanos, ruido sordo de temblor profundo de tierra.... Es el gran ejército de la revolución que en apretadas filas se acerca a paso de gigante. ¿No sentís como un vaho tibio, como un vapor pesado que adormece y narcotiza? Es la respiración del volcán revolucionario, cuya lava, próxima a desbordar-

se, convertirá el mundo en ruinas y pavesas. Esta sociedad cobarde e hipócrita, de apostasías individuales y defecciones colectivas, donde toda voz fuerte desafina, y todo rasgo generoso produce escándalo, y toda cabeza noblemente erguida ha de abatirse para no sobresalir de la talla de los pigmeos, y la traición recibe aplausos disfrazada de prudencia, está condenada a muerte tan vergonzosa como irremisible, de que sólo un milagro puede salvarla.

Lo mismo que antes, cuando la revolución torne, buscará entre vosotros las primeras víctimas. Figurais a la vanguardia de las milicias católicas, y en la vanguardia principian a sucumbir los combatientes. Instituto el vuestro numerosísimo aunque tan reciente, extendido por todo el territorio nacional, allí despertarse la fiera revolucionaria y dar en tremendos saltos las primeras zarpadas, difícil será que sus garras afiladísimas no tropiecen con algunos religiosos del mismo. Los directores de la revolución han manifestado que no harán ya mártires: saben que así no destruyen el árbol de la fe; lo podan para que florezca y fructifique con mayor lozanía y abundancia. Pero entre las turbas por ellos enloquecidas hay gentes en las que el ansia de derramar sangre religiosa se sobrepone a todo: con tal frenesí buscan su exterminio.

nio que en cuanto puedan les quitarán la vida, a los que hacen profesión de cumplir los consejos evangélicos, sin esperar a que obtengan el resultado apetecido las disposiciones administrativas y legales adoptadas para hacerles la vida imposible.

¡Qué ingrato el mundo, Dios mío, qué ingrato con los que son prez de la sociedad y lustre de la raza humana! Vosotros dejasteis a los que os dieron el ser, sintiendo que se os desgarraba el corazón al recibir el último beso, al no poder seguir besando a vuestra madre; dejasteis a vuestros hermanos, sangre de vuestra sangre, alma de vuestra alma, que tuvieron por cuna la vuestra, compañeros de juegos y diversiones en los más felices días, en los únicos días felices; dejasteis el hogar, nido de flores, foco de amor el más puro, paraíso de no interrumpida ventura, cielo en la tierra, para no tener patria ni familia que limiten y circunscriban los ardores de vuestra caridad, para poder decir hermanos a todos los hombres, para estar constantemente a disposición de cuantos necesiten de vuestros servicios. Renunciasteis a la paternidad, a proseguir viviendo acá abajo después de haber bajado a la tumba, a perpetuar el fruto de vuestros sudores, y los rasgos de vuestra fisonomía, y los glóbulos de vuestra sangre, y la gloria de un apellido que

habeis hecho. Ilustre y todo lo que puede transmitirse por herencia, viviendo fuera de los afectos matrimoniales, como esas plantas solitarias que crecen en medio del desierto sin que sobre su copa se posen las nubes, ni en sus ramas aniden las aves, ni en sus hojas susurren las brisas, ni en sus flores los rayos del sol jueguen, ni la sed de sus raíces apaguen cristalinas aguas, hasta que, faltas de apoyo contra el empuje de los aquilones, antes de tiempo vengán al suelo, dejando un vacío donde no se depositará ninguna lágrima, donde no brote ningún retoño en sustitución suya.

¿Por qué? Porque el afecto a los hijos, que es el afecto realmente a uno propio, lo necesitáis, lo quereis para abrazar y oprimir amorosamente contra el pecho a los hijos de los extraños, a todos los hijos de Dios. Disteis a la humanidad todo, vuestros estudios, vuestra actividad, vuestro tiempo, no reservándoos sino lo estrictamente preciso para el sueño y el reposo; y no pedís en cambio más que un vestido pobre, y un alimento escaso, y una habitación estrecha, lo que os permita seguir viviendo, que en vosotros equivale a seguir para los demás trabajando.

¿Por qué tan mal quereros si quereis tan bien a todos? Que los infieles entre los que misionais, os hieran, os maten, os devoren, no es para

admirarse tanto: ignoran lo mucho que los amais, aún no están entonces convencidos de que sólo pretendéis la salvación de su alma civilizándolos y engrandeciéndolos. Pero ¡que cristianos, testigos de vuestras heroicidades caritativas, objetos quizá de vuestras abnegaciones generosas, principien a devoraros, ya que no con los dientes con las aguzadas lenguas calumniadoras, y si ansían la revolución sea porque les proporcionará el momento de satisfacer en vosotros su venganza por tanto tiempo contenida...! ¡Oh! Hay en ello algo que no es común y sí muy insólito en la naturaleza humana; algo que indica su origen satánico.

Mis queridos religiosos; os desprendisteis de cuantos lazos os ataban a la tierra, para poder recorrerla toda y derramar los beneficios de vuestro celo donde más oportunos fueren. Pero ¡cuán difícil será—a mí se me figura—desprenderse del propio corazón! Y el corazón se alimenta y respira y vive de cariño. Si lo dais todo sin recibir nada, si gratis y totalmente al servicio de la humanidad estais consagrados, ¿no era justo que vuestro desinterés encontrase algún eco de gratitud; que vuestros sacrificios se reconociesen; que, si a vuestro afecto no se correspondía, cuando menos no se le despreciara ni se le contestase con el odio?

¡Ah! Tenía que ser así. No esperéis otra cosa. Fuisteis predeterminados por Dios para vivir conforme a la imagen de su Hijo, que fué crucificado. No será el discípulo más que el Maestro. Viene, tal vez sonó ya, la hora por El predicha de que el quitaros la vida se tendrá por acción digna de premio.

Alegraos. Si el mundo os persigue, señal de que no sois del mundo. Alegraos. Si el martirio llega, llega juntamente vuestra redención. Sine sanguine non fit remissio. El Redentor derramó por vosotros su sangre inocente. ¿Le negaríais la vuestra culpable, que si discurre por vuestras venas es porque El allí la puso? Los dolores del mártir son acerbos, pero breves. ¿No se sufre también en agonía de muchas horas después de larga enfermedad que hace de la cama un lugar de tormentos indecibles y en cuyos días la muerte antes de dar el último golpe va desmoronando el edificio del cuerpo arrancándole ayes sentidísimos cada vez que le da un empujón hacia la sepultura? Morir el hijo por el mejor de los padres, la criatura por el Creador, ¿cabe nada más dulce y hermoso? ¿Lo dejará sin amplísima recompensa el bondadosísimo Jesús que, no ya la sangre propia que a El se ofrece, hasta el agua ofrecida a cualquiera de sus discípulos, agradece para premiarla con merced

inefable? Los suplicios que por amor a El se aceptan ¡de cuántos librarán en el Purgatorio! Del P. Crusats, el protomártir de vuestra Congregación, podemos piadosamente creer que, mientras se le golpeaba y se le hería, veía ya, como el primer mártir del cristianismo, San Esteban, los cielos abiertos. ¿Podríamos tener esa certidumbre si un natural achaque hubiese sido lo que le produjera los sufrimientos y las llagas? De los individuos de la comunidad de La Selva que pudieron librarse de la ira de los revolucionarios, dos dejaron el hábito religioso y quizá los hábitos de religiosidad ¡cuánto mejor les hubiera sido caer en sus manos y morir junto al heroico Crusats!

Aunque os juzgueis débiles, no por eso dejaríais de tener un fin como el suyo gloriosísimo, con la sobrenatural ayuda. Dios elige lo menos sólido para confundir la fortaleza del mundo, y quien por su brazo está sostenido no cae nunca. Os decís no merecedores de la gracia del martirio: lo propio decíais de la del apostolado; a los humildes exalta el Omnipotente, quien, libre en el reparto de sus dones y de sus llamamientos, da aquella vocación y corona a los que así le place, por motivos que no siempre se nos alcanzan.

En manos de Dios estais como en el nido el polluelo, como en el re-

gazo de la madre el niño. A El por la profesión religiosa os entregasteis del todo, sin limitaciones ni reservas; y cada día la renovais muchas veces, no con los labios solos ni por rutina, diciendole las palabras con que nos enseñó a orar: *Fiat voluntas tua*; que tu voluntad se cumpla. Yo sé que, hombres de honor, aunque no de vanas honras, si en los planes del Señor entra que la revolución os brinde el morir por El, habrá de verse como la raza de los Crusats no se ha extinguido entre vosotros. Vuestra vida le ofrecisteis; ya no os pertenece: es suya. Si os la corta con el puñal del sicario, gracias le dareis porque os lleva a gozar de su gloria aunque sintais no poder seguir trabajando por su gloria en la tierra. Si os la dilata librándoos de la furia de los impíos, le mostrareis también gratitud porque más tiempo os queda de servirle aunque se prolongue la separación y se aleje el momento de comenzar a verle y gozarle.

Para la prueba del martirio necesita el demonio el concurso de sus secuaces; para múltiples pruebas en que se puede ser definitivamente derrotado, se basta él solo con las tentaciones suyas y las de la propia carne. Ruge como león en torno vuestro. Pero no le temais. Procurando vuestra ruina os ofrece ocasiones de triunfo. Si en Dios os apoyais, permane-

cereis de pie. Contra el escudo de la humildad vendrán a estrellarse todos los dardos. La vista de esa urna funeral os dé ánimo y os preste esfuerzo. No era más que vosotros el que por su confianza en el Señor está anegado ahora en sus inefables delicias. El cuerpo reducido a tan mínima parte estuvo sujeto a muy variadas rebeliones de la concupiscencia, y todas quedaron vencidas con la gracia omnipotente. En presencia de esos sacros despojos renovad las promesas de fidelidad a Cristo, que entrando en la Congregación hicisteis. Jurad que con su socorro no dejareis por las vestiduras del siglo ni manchareis con la deshonra la sotana que vestía el P. Crusats; ni quebrantareis en cosa grave la regla que el P. Crusats abrazó; ni os apartareis de la senda por él jamás abandonada, amando sobre todas las cosas a Dios en la vida y muriendo, sea cual fuere la muerte que se os depare, con su nombre para siempre bendito en los labios.

Y vosotros, amadísimos fieles, a quienes en tantas ocasiones he tenido ya el gusto de dirigiros la palabra, bien sabeis que por muchos caminos se va al cielo. Si no sois crucificados con el Salvador, su cruz llevais sobre los hombros como buenos discípulos. Sin sufrir muerte violenta, ¡cuánto hay que sufrir en la vida,

más cuanto más dure! Aunque no nos persigan los enemigos de nuestra religión, nos perseguirán los enemigos de nuestra hacienda si somos ricos, de nuestra fama si somos sabios, de nuestra persona si somos buenos. Cumplid lo que el divino Crucificado mandó y yo llevo escrito en mi escudo episcopal: Orate pro persecuentibus; orad por los que os persiguieren, dejando al Señor el cuidado de vuestra defensa. A los que particularmente ama, envía trabajos y aflicciones para que muestren esfuerzo varonil, y pone en peligros para que ganen lauros. No permite que se nos tiente sobre nuestras fuerzas, y en toda tribulación nos dará consuelo. Su yugo es suave y su carga ligera. Nos impuso la ley, y nos ayuda a cumplirla. Allana el camino de la salvación y quita las piedras para que no tropecemos. Al vernos vacillar, o caer, su mano poderosa se adelanta a sostenernos o levantarnos. Dejándonos guiar, de sus consejos y socorrer de su auxilio, seremos ya felices en esta para todos breve y para los mundanos congojosa vida, antes de llegar a la perdurable donde el P. Crusats nos espera y pide para nosotros el descanso eterno.

*Omnia sub correctione Sanctæ
Romanæ Ecclesiæ.*

Libros del autor, presbítero

- La exposición continúa del Santísimo (1892).
Las aras de la Catedral de Lugo (1892).
El Pontificado (1892).
El Darwinismo y la ciencia (1893).
Historia del culto eucarístico en Lugo (1894).
El Monasterio de Samos (1894).
Historia de la enseñanza en Lugo (1894),
obra premiada.
El gran gallego (1894), obra premiada.
Los Benedictinos de Monforte (1895), obra
premiada.
De la región gallega (1897).
El señorío temporal de los Obispos de Lugo
(1897); dos volúmenes, obra premiada.
Las poesías de Feijóo (1899).
Los escritos de Sarmiento (1902).
Argos Divina (1902), obra premiada.
El Derecho español en sus relaciones con
la Iglesia (1902), obra premiada. (4.^a edición,
1917, 5 pesetas).
El Obispo San Capitón (1903), obra pre-
miada.

Libros del autor, siendo Prelado

- La censura eclesiástica.—Un tomo en 8.º;
2 pesetas en rústica y 3 en tela.
Los daños del libro.—Un tomo en 8.º, 3'50
pesetas.
Estudios canónicos.—Un tomo en 8.º, 3 pe-
setas en rústica y 4 en tela.
La importancia de la prensa.—Un tomo en
8.º, 2'50 pesetas en rústica.
De la Diócesis del Sacramento.—Un tomo
en 8.º, 2'50 pesetas en rústica y 3'50 en tela.

La Cruzada de la Buena Prensa.—Un tomo en 8.º, 3'50 pesetas en rústica y 4'50 en tela.

Sermones.—En 8.º, 4 pesetas en rústica y 5 en tela.

Injusticias del Estado español.—En 8.º, 6 pesetas en rústica y 7 en tela.

El Clero en la política.—Un tomo en 8.º, 3'50 pesetas en rústica y 4'50 en tela.

El Presupuesto del Clero.—Un tomo en 4.º de cerca de 400 páginas, 1 peseta en rústica y 2 en tela.

San Froilán de Lugo (siglo IX).—Un tomo en 8.º, 3'50 pesetas en rústica y 4'50 en tela.

Vida póstuma de un santo.—Un tomo en 8.º, 3 pesetas en rústica.

Los siete pecados capitales.—Un tomo en 8.º, 2'75 pesetas en rústica y 3'75 en tela (impreso en Alemania).

Por la Iglesia española.—Un tomo en 8.º mayor, 5 pesetas en rústica y 6 en tela.

Sádaba.—Un tomo en 8.º, 2 ptas en rústica.

Los trabajadores en el periodismo católico.—Un tomo en 8.º, 5 pesetas en rústica y 6 en tela.

La Vida de la Virgen.—Un tomo en 8.º, 3 pesetas en rústica y 4 en tela.

La lucha contra la usura.—Dos pesetas, en tela.

El culto de María.—Cuatro pesetas.

EN PRENSA

Las mentiras del alcohol.

MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

Pesetas

Número. 329 | Precio de la obra |

Estante . III | Precio de adquisición.. |

Tabla... I | Valoración actual... |

Número de tomos.

32